

HACIA UNA MISION EN RECIPROCIDAD

Dijo un sabio anónimo que en este Continente está naciendo la semilla del reino con paradigmas originarios. Y esto es lo que experimentamos hoy, especialmente en la misión con comunidades indígenas: estamos palpando un giro sorprendente desde el proteccionismo misionero hacia un protagonismo indígena.

. Frente a esta realidad nos preguntamos: ¿Cuál es nuestra misión hoy en relación con los pueblos indígenas? Los obispos reunidos en Aparecida el año pasado, afirmaron su nueva mirada a los pueblos indígenas declarando: *“descubrimos y reconocemos desde la fe las “semillas del Verbo” presentes en las tradiciones y culturas de los pueblos indígenas de América Latina. De ellos valoramos su profundo aprecio comunitario por la vida, presente en toda la creación, en la existencia cotidiana y en la milenaria experiencia religiosa, que dinamiza sus culturas...”* (DA 529):

Quizás uno de los motivos de este nuevo enfoque sea el hecho de cambio de épocas. Para estas circunstancias, la experiencia histórica nos invita volver a las fuentes, para buscar el nuevo futuro desde ahí.

Partiendo de nuestra propia experiencia en el acompañamiento de algunas comunidades indígenas, intentaremos aquí presentar una visión de la misión desde los valores evangélicos que hemos encontrado en estas comunidades, valores que viven hasta hoy con intensa fe, esperanza y amor.

Por las múltiples experiencias de más de 500 años, sabemos que antes de venir el misionero, ya estaba Dios presente. Fue buscado y encontrado por los senderos de la sabiduría la que cada cultura indígena ha desarrollado a lo largo de los milenios habitando estas tierras. Sin embargo, el misionero da prioridad a la *razón*, originaria de la cultura occidental. Hoy día, él está consciente que debe llegar a una síntesis entre razón y sabiduría lo que implica que él mismo se encuentra en un estado de re-aprendizaje para poder pensar con el corazón y sentir con la razón. Pues no existimos solamente porque pensamos (Descartes), sino sobre todo porque sentimos y amamos. La mejor manera de re-humanizarnos es poner el *corazón* como principio de lo humano, sin renunciar a la *razón*. Según Patricio Guerrero, en la unidad de corazón y razón, está lo que nos constituye como seres humanos plenos¹.

Reconocer este desequilibrio actual en nosotros y nuestra cultura, significa reconocer que un misionero frente al indígena no es solamente sujeto sino también objeto de misión. También él, no solamente el indígena, está buscando lo plenamente humano para poder llegar a la “vida en plenitud” prometida por Jesús. También él puede ser enriquecido por la sabiduría indígena reconociendo que en ella se revela mucha Sabiduría divina.

Por lo tanto, la primera tarea del misionero hoy día es desmonopolizar los conceptos occidentales de su propia religión -no de su fe- marcados por un

¹ Patricio Guerrero Arias: *Corazonar, una Antropología comprometida con la vida*, Asunción 2007

exagerado etnocentrismo. Así será capaz de abrirse a la presencia de Dios en otras expresiones religiosas, en nuestro caso, de los indígenas. El reconocimiento de sus limitaciones culturales le sitúa frente a ellos en una totalmente nueva posición de diálogo entre diferentes, pero a un nivel en que ambos dan y reciben. En este diálogo intercultural-interreligioso, cada uno aporta algo al otro con el deseo de enriquecerle. Al conseguir un diálogo en absoluta sinceridad, se iniciará en ambos un proceso de deconstrucción y reconstrucción de los símbolos religiosos de la religión de cada uno, abriéndose así camino hacia lo esencial que es la fe en el Dios que quiere la Vida en plenitud para todos los seres creados interrelacionándose entre ellos en sus diversidades. En esta experiencia del diálogo entre diferentes, encontrarán el deseo de Dios de un mundo unido en la diversidad creada².

Pues compartir fe, saberes y convicciones, genera en ambos un sentido comunitario en que se complementan mutuamente: en este momento acontece entre ellos la reciprocidad, uno de los valores fundamentales de las culturas originarias de Abya Yala. La reciprocidad es el principio de una convivencia holística, entre los humanos, con la naturaleza, el cosmos y con Dios, un principio muy arraigado en el mundo indígena de nuestro Continente. Mediante esta herencia de la reciprocidad, practicada y cultivada por generaciones, ellos mantienen hasta hoy la armonía y el equilibrio en su convivencia, superando marginación y exclusión de una sociedad que no sabía valorar este principio tan comunitario.

Hay muchos mitos indígenas que hablan de un Dios quien creó el mundo para entrar en diálogo con sus criaturas. Para eso creó primero la palabra, queriendo acabar de ese modo con su soledad.³ La mayoría de los pueblos indígenas están convencidos que por el camino de la reciprocidad de palabras y cosas, llegarían a la plenitud de vida, formando comunión mediante estas interrelaciones. Un mito ejemplar sobre la reciprocidad encontramos en el mundo guaraní.

El eje vertebral del concepto de vida y convivencia en el mundo guaraní es la reciprocidad. Y la palabra, creada por Dios *Ñamandu* antes de todas las cosas, incluso antes del ser humano, es el medio más perfecto para establecer reciprocidad en el diálogo. La Palabra creada es sagrada para los guaraníes; la consideran, según el mito *AYVU ROPYTA* como una “*pequeña porción de la sabiduría divina, de su amor divino y de su canto sagrado*” (con este canto los chamanes renuevan el mundo). Para los guaraníes todos los seres creados por Dios *Ñamandú* tienen un canto, no solamente los seres humanos, también las plantas, los animales y hasta la misma tierra, lo que indica que todo ser creado es parte y reflejo de la sabiduría creadora, de su amor y su canto divinos; participan de lo más íntimo de *Ñamandu*. Al portador de la palabra le creó como comunidad de tres compañeros (*irü*) con diferentes dones los que deben realizar entre sí la reciprocidad mediante la palabra. Con otras palabras: Dios buscaba la reciprocidad, por eso creó el mundo. Toda la tierra y toda vida en ella deben entrar -

² .“Existen señales visibles de que muchos grupos y personas individualmente, están en busca de la sabiduría adormecida en nosotros y en nuestras tradiciones. Esa sabiduría nos hará un poco más libres de los conceptos que nos aprisionan, nos permitirá, tal vez, experimentar las delicias del viento y la suave brisa; y el nacimiento de la igualdad y de la justicia brotando de nuestras propias entrañas”
Ivonne Gebara, Revista *Alternativas*,

³ Un ejemplo es el mito mbya guaraní *Ayvu Rapyta*. Pero también hay mitos chaqueños que hablan de una destrucción del mundo por Dios por la maldad de los hombres y de la creación de un nuevo mundo porque Dios no supo aguantar su soledad.

mediante la palabra- en diálogo con su creador y entre ellos. Es el único camino para poder asemejarse cada vez más al destino de toda criatura: ser una pequeña porción de su sabiduría, su amor y su canto divinos que entra en reciprocidad -de palabra y de dones- con su autor y con los demás seres creados. A partir de este destino de la reciprocidad, todo lo creado debe entrar en esa dinámica. Los guaraníes lo testimonian en su vida cotidiana a nivel de trabajo (*minga*), de economía (*jopoi*), de tomar decisiones (consenso en las asambleas), a nivel de educación (el adulto también aprende del niño), de convivencia familiar y de pareja, etc. Siempre está presente la diversidad. Normalmente la reciprocidad se realiza en la diversidad de palabras, dones, productos, personas para enriquecerse mutuamente. ¡Hasta el mismo Creador *Ñamandu* necesita de sus criaturas para acabar con su soledad y deja enriquecerse por ellas mediante la reciprocidad!

También nuestro Dios entró -por amor- en reciprocidad con su creación, haciéndose criatura, haciéndose “carne” visible (Jn 1,14). ¡Cuánto más el misionero necesita entrar en reciprocidad con el indígena!

Aparecida quiere repensar la misión (DA 11) y presenta a los misioneros como “*protagonistas de vida nueva para América Latina*” (DA 12). El documento define la misión claramente como “servicio a la Vida”, en fidelidad a la palabra de Jesús: “*He venido para que tengan vida y vida en plenitud*” (Jn 10,10; DA 33). La vida tiene prioridad sobre todas las cosas en esta tierra, es lo más sagrado. Hemos sido creados para la misión de cuidar y servir a toda vida creada: “*La vida es regalo gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar*” nos afirma Aparecida (DA 47).

La lógica del Evangelio, presente también en la sabiduría indígena, y totalmente ausente en el neoliberalismo, es asumida por Aparecida: “*la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad*” (DA 360/61). En esta lógica encontramos otra vez la reciprocidad, si aceptamos que el dar incluye el recibir del otro que da. De este modo Aparecida nos invita a entender nuestra misión hoy día como un servicio a la Vida en reciprocidad, gracias a nuestra diversidad.

Y justamente dentro de esta diversidad, somos llamados a ser constructores de una nueva historia que, según Aparecida “*se va dibujando en la actualidad latinoamericana y caribeña. Esta nueva realidad se basa en relaciones interculturales donde la diversidad no significa amenaza, no justifica jerarquías de poder de unos sobre otros, sino diálogo desde visiones culturales diferentes, de celebración, de interrelación y de reavivamiento de la esperanza*” (DA 97), esto significa ser “*protagonistas de vida nueva para América Latina*” (cf. arriba).

Vemos que la reciprocidad para la misión se realiza especialmente a través del diálogo intercultural-interreligioso⁴. Aparecida habla de la “*gracia del diálogo*” (DA 238) y no practicarlo es rechazar a Dios y a la vida: “*Desatender las mutuas relaciones y el equilibrio que Dios mismo estableció entre las realidades creadas, es una ofensa al Creador, un atentado contra la biodiversidad y, en definitiva, contra la vida*” (DA 125). La práctica del diálogo hace posible una misión en reciprocidad. Esto no implica que, al

⁴ Es muy iluminador lo que dice en este contexto Aparecida respecto a los afroamericanos: “*Conocer los valores culturales y tradiciones de los afroamericanos, entrar en diálogo fraterno y respetuoso con ellos, es un paso importante en la misión evangelizadora...La Iglesia apoya el diálogo entre cultura negra y fe cristiana...habrá de ayudar a que las heridas culturales injustamente sufridas en la historia afroamericana, no absorben ni paralicen desde dentro, el dinamismo de su personalidad humana, de su identidad étnica, de su memoria cultural, de su desarrollo social en los nuevos escenarios que se presentan*” (DA 533)

practicar el diálogo abriéndose al otro en reciprocidad, que uno debe negar la fe de su propia religión, sino todo lo contrario; si lo haría no podría aportar lo propio para complementar al otro. Aportar lo propio es lo que nos hace avanzar mutuamente hacia la plenitud de vida y de humanidad. Lo dicho en Sto. Domingo, se confirma en Aparecida: *“El diálogo...tiene un especial significado en la construcción de la nueva humanidad ...”* (DA 239). Con todo eso parece posible que la semilla de la nueva humanidad nazca un paradigma ancestral, el de la reciprocidad vivida desde milenios por los habitantes originarios de este Continente. ¡Acojamos con gozo y alegría en nuestro Continente la misión en el paradigma originario de la reciprocidad, y tengamos una voz profética ante esta nueva realidad! Pues, con alegría y gozo, los misioneros que acompañamos a los pueblos originarios de las tierras de Abya Yala, queremos entonar con María un nuevo *Magnificat* (DA 451), reconociendo en esta realidad el verdadero orden que Dios estableció en su creación y que nos invita a asumirlo como misión colaborar con el mismo.